

Fiódor Dostoyevski

El idiota

Versión directa del ruso y nota preliminar
de Juan López-Morillas



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *Idiot*

Primera edición: 1996

Tercera edición: 2012

Séptima reimpresión, revisada: 2022

Revisión de la transcripción del ruso de Esther Arias Valor

Diseño de colección: Estrada Design

Diseño cubierta: Manuel Estrada

Ilustración de cubierta: © Index

Selección de imagen: Alicia Fuentes

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© de la traducción y nota preliminar: Herederos de Juan López-Morillas

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1996, 2022

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.alianzaeditorial.es



PAPEL DE FIBRA
CERTIFICADA

ISBN: 978-84-206-0907-2

Depósito legal: M. 23.788-2012

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

9	Nota preliminar, por Juan López-Morillas
13	El idiota
	Primera parte
17	Uno
33	Dos
47	Tres
65	Cuatro
86	Cinco
109	Seis
124	Siete
142	Ocho
161	Nueve
175	Diez
185	Once
197	Doce
211	Trece
226	Catorce
242	Quince
256	Dieciséis
	Segunda parte
275	Uno
292	Dos
312	Tres

332	Cuatro
340	Cinco
359	Seis
379	Siete
393	Ocho
418	Nueve
436	Diez
455	Once
475	Doce

Tercera parte

487	Uno
511	Dos
528	Tres
549	Cuatro
570	Cinco
590	Seis
613	Siete
632	Ocho
650	Nueve
671	Diez

Cuarta parte

683	Uno
702	Dos
715	Tres
731	Cuatro
750	Cinco
774	Seis
796	Siete
820	Ocho
846	Nueve
863	Diez
883	Once
904	Doce. Conclusión

Nota preliminar

El estudio de Dostoyevski tiene la ventaja de que el gran escritor ruso nos legó un amplio surtido de cuadernos en los que fue apuntando con admirable candor las vicisitudes anejas a la composición de algunas de sus más conocidas ficciones. Y si a estos apuntes se agrega la correspondencia que durante la composición de sus novelas mantuvo con amigos y editores, la tarea de trazar el proceso de esa composición resulta relativamente fácil. Tal ocurre con *El idiota*. Y quede sentado desde ahora que se trata de un caso del que poquísimos ejemplos semejantes ofrece la historia literaria.

Para empezar, la novela entera fue compuesta en el extranjero, adonde Dostoyevski, acompañado de su segunda esposa Anna Snítkina, había huido para zafarse de la prisión por deudas con la que le amenazaban sus acreedores. Berlín, Dresde, Baden-Baden, Ginebra, Vevey, Milán, Florencia fueron los lugares en que, durante más o menos tiempo, residió a lo largo de los cuatro años largos (abril de 1867 a julio de 1871) de sus andanzas por Europa; cuatro años de amarguras, privaciones, desaliento, ataques epilép-

ticos, cansancio físico y mental; y en el fondo de todo ello una latente cólera contra la Europa occidental –esa Europa que en un tiempo le había cautivado– y una penosa nostalgia de Rusia, a la que tanto ansiaba regresar.

Difícil es puntualizar hasta qué punto ese catálogo de desventuras influyó en la composición de *El idiota*; pero lo que sí se sabe es que hubo nada menos que ocho versiones de la obra, algunas de ellas tan diferentes de la definitiva que a duras penas se encuentran vínculos entre aquéllas y ésta. Y la diferencia es tan profunda que afecta a la caracterización del personaje principal –la del «idiota» que da título a la novela– y, por supuesto, a los personajes más o menos secundarios entre los cuales se mueve y en los cuales influye. En sus cuadernos, y sobre todo en sus cartas, Dostoyevski confiesa que no acierta a dar forma –léase realidad– a los entes y acciones que dan cuerpo a su ficción; cabe pensar que nunca se había afanado tanto en elaborar un mundo ficticio con resultado tan poco alentador: «Trabajo –escribe al editor Máikov a propósito de *El idiota*–, pero nada me sale bien... Estoy terriblemente deprimido». Ciertamente es que a esa depresión contribuyeron factores de diversa índole: la muerte en Ginebra de su hijita Sonia, que aún no había cumplido tres meses, sus apuros económicos, su mal estado de salud y frecuentes ataques de epilepsia, su incómoda estancia en Suiza, país cuya belleza física contemplaba con indiferencia y a cuyos habitantes detestaba de todo corazón, etc., etc. Y aunque algo mejor le fue cuando se trasladó a Italia, la sensación de vivir en un ambiente radicalmente ajeno le agobiaba y estorbaba la faena de trasladar al papel la *idea* matriz de la novela que desde algún tiempo atrás venía hurgándole en la mente.

Esa idea iba a ser de suprema importancia, una idea –escribió a Máikov– que «amo apasionadamente y que escribiré con gozo y angustia». Como es notorio en el proceso

creador de Dostoyevski, sus ficciones surgían de una *idea* o intuición abstracta, para cuya realización tenía que imaginar personajes que la encarnasen. En la novela que nos ocupa esa idea era la representación del «hombre perfecto», o, dicho de otro modo, de un arquetipo de la perfección moral. Según confesión propia, era una idea que venía retozando en su cerebro desde hacía largo tiempo, pero que no acababa de concretar. Y lo cierto es que, aun después de que hubo iniciado la composición de *El idiota*, esa idea seguía rehuendo la captación por la pluma, y ello por varios motivos, el más notable de los cuales era porque sabía que en la historia universal había habido un único «hombre perfecto», y su vida, escrita hacía siglos, era generalmente conocida. De ahí las diversas formas que asume el «idiota» en las versiones frustradas de la novela. Claro está que en la historia literaria había habido algún ejemplo de perfección moral, y Dostoyevski subraya dos: Don Quijote (protagonista del «libro más admirable y más triste que ha creado el genio humano», dice de él), por el que siempre sintió honda admiración, y Pickwick, ambos dechados de entereza y resolución pero, según él, ambos –aparte de la vertiente cómico-excéntrica de su carácter– carentes de la cualidad que Dostoyevski juzgaba indispensable para la perfección moral: la mansedumbre.

Es esa mansedumbre, atributo desconocido de los hombres y mujeres que le rodean, lo que hace del «idiota» (príncipe Lev Nikoláyevich Myshkin) el personaje más influyente de la fábula. Y ello no deja de resultar extraño, habida cuenta de que su mansedumbre es una cualidad inactiva que se desgrana en ingenuidad, inocencia, sencillez, sabiduría cordial, amor compasivo. Más que obrar, Myshkin contempla; más que dar, recibe; en él se reflejan, como en un espejo, las vidas ajenas y al verse reflejadas adquieren plena conciencia de lo que son o de lo que no son, en tanto que él

transita cándidamente entre ellas sin percatarse apenas del ascendiente que sobre ellas ha llegado a adquirir.

Ascendiente, menester es confesarlo, que en muchos casos trae consigo resultados nefastos. Varios críticos han señalado el hecho evidente de que este hombre extraordinario, encarnación de cuantas virtudes se asocian al espíritu cristiano, no logra al cabo más que desbaratar, junto con la vida propia, la de la mayoría de los que a él acuden, que son cabalmente quienes en él reconocen la presencia de esas virtudes, más ensalzadas de palabra que practicadas de obra en el mundo moderno.

Aunque la crítica es unánime en ponderar la incomparable agudeza psicológica con que Dostoyevski engendra y desarrolla al protagonista, la fina penetración con que explora los móviles y objetivos de los personajes secundarios, el lacerante dramatismo de algunas escenas y la absurda comicidad de otras, no faltan quienes, con respecto a la estructura general de la novela, se quejan de su excesiva complicación y de la, a veces, defectuosa trabazón de las situaciones e incidentes que la componen. De ser esto cierto –y es por lo menos debatible– habrá que achacarlo en gran medida al ambiente de agobio, quebranto y angustia en que fue escrita.

* * *

El texto traducido es el del tomo VI de las obras escogidas de F. M. Dostoyevski: *Sobranie sochinenii*, Moskva, Hudozhestvennaya Literatura, 1957.

Juan López-Morillas
Noviembre 1995

El idiota

Primera parte

Uno

Alrededor de las nueve de la mañana a fines de noviembre, durante un deshielo, el tren procedente de Varsovia se acercaba a Petersburgo a gran velocidad. Eran tales la humedad y la bruma que a duras penas despuntaba el día; a diez pasos a un lado y otro de la vía férrea apenas se podía distinguir nada desde las ventanillas del vagón. Entre los pasajeros había algunos que volvían del extranjero: pero eran los compartimientos de tercera clase los que venían más llenos de gente, en su mayoría pequeños hombres de negocios que habían subido al tren no lejos de la capital. Como de costumbre, todos daban muestra de cansancio, con ojos soñolientos tras la jornada nocturna, todos venían yertos de frío, y sus rostros reflejaban el color pálido y amarillo de la niebla.

Junto a la ventanilla de uno de los vagones de tercera clase dos pasajeros se habían encontrado frente a frente desde el alba; ambos eran jóvenes, ambos viajaban ligeros de equipaje, ambos estaban lejos de vestir con distinción, ambos eran bastante agraciados de rostro y ambos, por último, deseaban entablar conversación. Si los dos hubieran sabido lo

que de extraordinario había en ellos en ese momento, se habrían maravillado sin duda de que el azar les hubiese situado uno frente a otro en un vagón de tercera clase del tren de Varsovia a Petersburgo. Uno de ellos era bajito, de unos veintisiete años, pelo rizado y casi negro y ojos grises, diminutos pero fogosos. Tenía la nariz ancha y chata y los pómulos salientes, sus labios delgados se arqueaban de continuo en una especie de sonrisa insolente, sarcástica y hasta malévola; pero su frente alta y bien formada ayudaba en gran medida a disimular el innoble aspecto de la parte inferior de su rostro. Lo más notable de éste era su mortal palidez, la que, a pesar de la complejión bastante robusta del joven, daba a éste un aire de extremada fatiga al par que de algo penosamente apasionado, que no se compadecía con su sonrisa descarada y vulgar y con la expresión áspera y petulante de su fisonomía. Iba bien abrigado en una larga pelliza negra forrada de lana de cordero y no había sentido el frío durante la noche, en tanto que su compañero de viaje se había visto obligado a sobrellevar en las costillas todos los deleites de una húmeda noche rusa de noviembre, deleites para los que evidentemente no estaba preparado. Llevaba una capa bastante ancha y recia, sin mangas y con una enorme capucha, como las que a menudo utilizan los viajeros en invierno en un lejano país extranjero, en Suiza, o, por ejemplo, en el norte de Italia, sin tener, por supuesto, que habérselas con largos trayectos como los que median entre Eydkuhnen y Petersburgo. Pero lo que era satisfactorio y estaba perfectamente bien en Italia no resultaba enteramente adecuado en Rusia. El dueño de la pelliza con capucha era también un joven de unos veintiséis o veintisiete años, de estatura algo superior a la media y pelo rubio muy espeso, mejillas hundidas y una fina barbita puntiaguda y casi blanca. Tenía los ojos grandes, azules y penetrantes, y en su mirada había algo sereno aunque pesado, algo de la extraña expresión

por la que algunas personas notan al primer golpe de vista que tienen ante sí a un epiléptico. El semblante del joven era, sin embargo, agradable, delicado y enjuto, si bien incoloro, y en ese momento estaba aterido de frío. De sus manos pendía un hatillo de seda vieja y desteñida, que al parecer constituía todo su equipaje. Llevaba zapatos de suela gruesa con botines –lo que en Rusia no se estila–. Su compañero de viaje, el del pelo negro y la pelliza forrada, observaba todo ello con insistencia, en parte porque no tenía otra cosa que hacer; y, por último, le preguntó con la sonrisa descortés con que la gente manifiesta a veces casual e indelicadamente el placer que le producen las desventuras ajenas:

–¿Tiene frío?

Y se encogió de hombros.

–Mucho –replicó con entero candor el compañero de viaje–. Y tenga en cuenta que esto no es más que un deshielo. ¿Cómo sería si estuviera helando? Nunca pensé que hiciera tanto frío aquí en nuestro país. He perdido la costumbre.

–¿Qué? ¿Viene del extranjero?

–Sí. De Suiza.

–¡Vaya, hombre!

El del pelo negro lanzó un silbido y rompió a reír.

Se entabló la conversación. La buena disposición del joven rubio de la capa suiza a responder a todas las preguntas de su moreno compañero de viaje era asombrosa y no revelaba sospecha alguna de lo desdeñoso, inmoderado y frívolo de algunas de ellas. En sus respuestas manifestó entre otras cosas que, en efecto, había estado fuera de Rusia durante largo tiempo –algo más de cuatro años– y que había sido enviado al extranjero por motivos de salud, a causa de una rara enfermedad nerviosa, algo así como epilepsia o baile de San Vito, acompañada de espasmos y convulsiones. El joven moreno sonrió varias veces escuchándole y soltó una carcajada cuando a la pregunta «y

qué: ¿le han curado?» el rubio contestó que «no, no le habían curado».

—¡Je, je! —comentó el moreno con sarcasmo—. Bastante dinero le habrá costado; y aquí seguimos creyendo en esa gente.

—¡Ésa es la pura verdad! —dijo, irrumpiendo en la conversación, un sujeto mal vestido sentado junto a ellos (individuo robusto de unos cuarenta años, de nariz colorada y cara granujenta, que parecía ser un funcionario público de baja categoría bien adiestrado en el servicio)—. ¡La pura verdad, señor! Esa gente no hace más que sangrar a Rusia sin dar nada a cambio.

—¡Ah, pero en mi caso se equivoca usted! —exclamó el enfermo suizo con voz suave y conciliadora—. Por supuesto, no puedo discutir con usted porque hay muchas cosas que no conozco, pero mi médico pagó de su propio bolsillo. Compartió sus últimos céntimos conmigo después de haberme estado manteniendo a su costa en Suiza casi dos años.

—¿Pero qué? ¿Es que no tenía usted a nadie que pagara? —preguntó el moreno.

—No. El señor Pavlíshev, que me había estado manteniendo allí, murió hace dos años. Luego escribí aquí, a Petersburgo, a la esposa del general Yepanchín, con la que tengo un lejano parentesco, pero no he tenido contestación. Por eso he venido.

—¿Adónde?

—¿Quiere decir que en dónde voy a alojarme?... Pues... no lo sé todavía... la verdad... en algún sitio...

—O sea, que no lo ha decidido todavía.

Y sus dos interlocutores volvieron a reír a carcajadas.

—Y es de suponer que en ese hatillo lleva usted todas sus posesiones —dijo el moreno.

—Me atrevería a apostar que ha acertado usted —interpuso el funcionario de la nariz colorada con aire sumamente sa-

tisfecho— y que este señor tampoco trae otra cosa en el furgón de equipajes, aunque ni que decir tiene que la pobreza no es un vicio.

Así era, al parecer. El joven rubio aceptó ese dictado con extraordinaria prontitud.

—Con todo, ese bultito de usted tiene cierto significado —prosiguió el funcionario cuando todos acabaron de reír (porque conviene indicar que el propietario del bulto, al mirarles, soltó también el trapo, y con ello aumentó la hilaridad de los otros)— y aunque cabe apostar que en él no van envueltas monedas de oro francesas ni alemanas, ni siquiera holandesas (lo que cabe deducir de los botines con que están cubiertos esos zapatos de extranjis), lo cierto es que si fuese posible agregar a ese bultito de usted el parentesco, pongamos por caso, con la esposa del general Yepanchín, entonces ese bulto tendría un significado diferente, siempre en el supuesto de que la generala Yepanchina sea, en efecto, pariente de usted, y que no haya inventado usted eso por descuido... lo que ocurre a menudo, muy a menudo, con personas de excesiva imaginación.

—Ha acertado usted de nuevo —aprobó el joven rubio—, porque, en efecto, he estado a pique de equivocarme; o sea, que esa señora es apenas pariente mía, a tal punto que no me chocó en absoluto que no me contestara entonces. A decir verdad, así lo esperaba.

—Malgastó usted el dinero en el franqueo... Pero, en fin, es usted al menos ingenuo y sincero y eso es digno de alabanza. Hmm... Conozco, señor mío, al general Yepanchín, sobre todo porque todo el mundo le conoce. Y también conocí al señor Pavlíshev, que le estuvo manteniendo a usted en Suiza... mejor dicho, si se trata de Nikolái Andréyevich Pavlíshev, porque había dos primos del mismo apellido. El otro vive todavía en Crimea. En cuanto al difunto, Nikolái Andréyevich, era hombre muy respetable y de excelentes

relaciones personales. En su día tenía cuatro mil siervos, sí, señor.

—Exactamente. Se llamaba Nikolái Andréyevich Pavlíshev —dijo el joven y, después de contestar a la implícita pregunta, miró fija e inquisitivamente al señor Sabelotodo.

Estos señores Sabelotodo se encuentran a veces (y aun bastante a menudo) en ciertas capas de la sociedad. Lo saben todo, y toda la inquieta curiosidad de su cerebro y todas sus facultades apuntan irresistiblemente en una dirección, sin duda porque carecen de intereses y opiniones vitales más importantes, como diría un pensador moderno. Bajo la expresión «lo saben todo» debe entenderse, sin embargo, un ámbito bastante limitado: dónde trabaja fulano, de quién es conocido, qué bienes tiene, de qué provincia ha sido gobernador, con quién está casado, qué dote le aportó su esposa, quiénes son sus primos hermanos y segundos, etc., etc.; en fin, datos de esa índole. Estos Sabelotodo van en su mayoría pobremente vestidos y sus sueldos no superan los diecisiete rublos mensuales. Las personas cuyos secretos más íntimos conocen no podrían explicarse los motivos de ello, y, sin embargo, muchas se consuelan con ese conocimiento semejante a una ciencia, y derivan de él no sólo la estimación de sí mismas, sino una alta satisfacción espiritual; amén de que se trata de una ciencia fascinante. Yo he conocido a eruditos, literatos, poetas y políticos que han buscado y hallado en esa ciencia su sosiego espiritual y la consecución de sus más altos designios; más aún, deben sus carreras exclusivamente a ella.

Durante todo este coloquio el joven moreno bostezaba y miraba vagamente por la ventanilla, aguardando con impaciencia el fin del viaje. Parecía un tanto preocupado —acaso en demasía—, casi consternado, y de hecho se comportaba de modo un tanto extraño; a veces parecía escuchar sin oír,

mirar sin ver, y reía a menudo sin saber ni entender por qué.

–Permítame, ¿con quién tengo el honor...? –dijo de pronto el señor granujiento volviéndose al joven rubio del hatillo.

–Príncipe Lev Nikoláyevich Myshkin –respondió éste inmediatamente, sin el menor titubeo.

–¿Príncipe Myshkin? ¿Lev Nikoláyevich? –repitió el funcionario como ponderando lo que oía–. No lo conozco, señor. Tampoco lo he oído mentar. Claro que no me refiero al nombre, que es histórico y se puede encontrar en la historia de Karamzín. Eso es cierto. Me refiero, señor, a usted como persona. Hoy día no se encuentran Myshkins en ninguna parte. Ni siquiera se oye hablar de ellos.

–¡Ah, por supuesto que no! –respondió el príncipe al momento–. No quedan otros príncipes Myshkin más que yo. Creo que soy el último. Y en cuanto a nuestros padres y abuelos, no eran más que propietarios de siervos. Mi padre, sin embargo, fue subteniente en el ejército. Había sido cadete en una academia militar. Pero no sé por qué vía la generala Yepanchina llegó a ser princesa Myshkina, supongo que también la última de su linaje.

–¡Ja, ja, ja! ¡La última de su linaje! ¡Ja, ja! ¡Qué bonitamente lo expresa usted! –dijo el funcionario con risita socarrona.

El moreno también rió. El rubio quedó un tanto sorprendido de haber dicho algo chistoso, aunque no muy agudo.

–Y figúrese, lo dije sin pensar –explicó al fin con cara de asombro.

–¡Claro! ¡Por supuesto, señor, por supuesto! –coreó alegremente el funcionario.

–¿Y qué, príncipe? Habrá estudiado usted mucho con ese profesor suyo –preguntó de pronto el moreno.

–Sí... he estudiado...

—Pues yo nunca he estudiado nada.

—Yo tampoco estudié mucho nunca —agregó el príncipe, casi como disculpa—. A causa de mi enfermedad no fue posible que me instruyeran de manera sistemática.

—¿Conoce usted a los Rogozhin? —preguntó el moreno de sopetón.

—No, no los conozco en absoluto. Conozco a muy poca gente en Rusia. ¿Es usted un Rogozhin?

—Sí. Soy Parfión Rogozhin.

—¿Parfión? ¿Es usted uno de esos Rogozhin...? —empezó a decir el funcionario, dándose aún mayor importancia.

—Sí, uno de éstos —le cortó al momento y con impaciencia el moreno, sin volverse, sin embargo, una sola vez al funcionario granujiento y, desde el comienzo de la conversación, hablando sólo al príncipe.

—¿Es usted?... ¿Pero cómo es posible? —preguntó el funcionario casi petrificado de asombro, con ojos que casi se le saltaban de la cara y una expresión reverente y servil, más aún, atemorizada—. ¿Quiere decirse que es usted hijo de Semión Parfiónovich Rogozhin, miembro de la orden de ciudadanía hereditaria, que murió hace un mes, dejando una fortuna de dos millones y medio de rublos en dinero contante?

—¿Y tú cómo demonio sabes que dejó dos millones y medio de rublos en dinero contante? —interpuso el joven moreno, sin dignarse siquiera mirar al funcionario—. ¡Fíjese en él! —agregó guiñando al príncipe y aludiendo al otro—. ¿Y qué provecho esperan sacar de la adulación servil? Cierto es que ha muerto mi padre y que ahora vuelvo a casa desde Pskov un mes después, y eso casi descalzo. No me han mandado nada, ni el canalla de mi hermano, ni mi madre... ni dinero ni un renglón diciéndome lo que pasó. ¡Me han tratado como a un perro! ¡En Pskov he estado en cama con fiebre un mes entero!...

—Y ahora recibirá usted un millonaje y pico, todo de una vez. Eso por lo menos. ¡Ay, Dios mío! —exclamó el funcionario levantando las manos.

—¿Pero a él qué le va ni le viene en eso? ¡A ver, dígame, por favor! —dijo Rogozhin, aludiendo de nuevo con gesto de irritación y enojo al funcionario—. Porque de mí no recibirás ni un centavo aunque andes patas arriba delante de mí.

—Pues sí, sí que andaré.

—Conque sí, ¿eh? ¡Pues, mira, no te daré nada aunque bailes a mi alrededor una semana entera!

—¡Pues no me dé nada! Me lo tengo bien empleado. ¡No me dé nada! Pero sí bailaré en torno suyo. Abandonaré a mi mujer y a mis pequeños y bailaré alrededor de usted. Hay que lisonjear a quien lisonja se merece.

—¡Vete al infierno! —dijo airado el moreno—. Hace cinco semanas —prosiguió, dirigiéndose al príncipe— estaba igual que usted. Me escapé de mi padre con un hatillo como ése y me fui a Pskov, a casa de mi tía. Allí caí en cama con fiebre y él murió durante mi ausencia. Murió de un ataque de apoplejía. ¡Que en paz descance, pero antes de morir estuvo a punto de matarme! ¡Créame, príncipe, le juro que es verdad! Si entonces no hubiese salido por pies, ¡me habría escabechado!

—¿Es que hizo usted algo que le enojó? —preguntó el príncipe, mirando con particular curiosidad al millonario de la pelliza. Pero aunque podía haber algo notable en un millón y en recibir una herencia, lo que interesaba y asombraba al príncipe era otra cosa; además, el propio Rogozhin, no se sabe por qué, parecía empeñado en tener al príncipe por interlocutor, aunque al parecer necesitara la conversación por motivos más físicos que morales, más por distracción que por sinceridad; por inquietud, por agitación, por necesidad de mirar a alguien y mover la lengua. Parecía estar todavía enfebrecido, o, al menos, tener algo de calentura. En